

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 293

Barcelona, 21 de Noviembre de 1937

Av. 14 de Abril, 556

Un nuevo módulo de civilización

pugna por abrirse camino y España ha prestado su cuerpo para hacerlo matriz tomando sobre sí el honor de padecer por los demás hombres y por el futuro humano.

OPINIONES

La presencia de España

Y he aquí que España existe. Por primera vez desde hace tres siglos España da fe de su existencia ante los ojos atónitos de Europa desgarrándose las entrañas. España vuelve a la escena del mundo en el mismo pie heroico con que la abandonó. En lucha entonces consigo misma y con casi todo el planeta; en lucha hoy con casi todo el planeta y consigo misma. Desmesurado pueblo el nuestro, sólo le caen bien los gestos desmesurados. En el vano de tres siglos, dormir, soñar, desmigajarse. Nada fué, en estos tres siglos, capaz de conmoverla internacionalmente: tratados adversos, expoliaciones, zancadillas, emboscadas traicioneras, ¿qué más daba! España lo acogía todo con una indiferencia absoluta. ¿Cansada o inapta para luchas de leguleyos diplomados? Ambas cosas quizás y un sentimiento de lealtad y rectitud que le hizo soportar mansamente — incomprensiblemente, cierto —, la morbosa, indecible tiranía de dos largas dinastías extranjeras, cadenas de reyes increíbles por imbéciles o disolutos o degenerados o miserables.

Muchas cosas ocurrieron sobre la tierra en el transcurso de los siglos XVII, XVIII y XIX. El mundo cambió de piel espiritual y la presencia de España no se acusa en el cambio. Nos alcanzaron salpicaduras rezagadas, eco de ecos remotos, extintas ya las voces originales, y sin fuerza para fecundarnos no dimos libros, ni ideas, ni acción. Fuimos, sin embargo, ejemplo de virtudes y pasiones primarias en dos marcos de distinta calidad, uno la guerra de la Independencia, otro las guerras carlistas. Estas virtudes revelaban una continuidad en el carácter de la raza, que era por sí misma espectáculo extraordinario, pero sin asomo de trascendencia. Las guerras carlistas eran a los conceptos ideológicos que entonces peleaban en el universo lo que al amor el crimen pasional. Ejercieron sobre Europa romántica embebida de Hugo, Scott, Mérimée, etc., el atractivo de ver redivivas, actuales unas páginas de la Edad Media. El fondo político y social, ideológico, que latió en la pelea entre cristianos y carlistas no podía interesar a Europa que lo había superado. Tanto daba el triunfo de un bando como el de otro, porque ninguno de los dos había de influir para nada ni en su vida ni en su pensamiento. Exhumación histórica, curiosidad arqueológica al gusto literario vigente como podía serlo la guerra de las Rosas, pero con el interés de una representación en vivo. Toda la influencia quedó en unos cuantos viajes pintorescos a España, extraño país de un arcaísmo áspero y delicioso. «Africa empieza en los Pirineos».

Pero he aquí que España coge el cogollo del gran drama europeo del siglo XX y lo hace suyo, lo trae a su seno, lo incuba y patrocina. Estremecida de dolor, cubierta de sangre, encarnación palpante de todas las angustias universales, España se ha plantado de un salto en mitad del

cotarro europeo. ¿Dónde están ahora los Pirineos? ¿Existen aún o se han desvanecido? El mundo está de parto. Un nuevo módulo de civilización pugna por abrirse camino y España ha prestado su cuerpo para hacerlo matriz, tomando sobre sí el honor de padecer por los demás hombres y por el futuro humano.

He aquí, pues, que España existe sin reyes extraños, ni voluntades ajenas, ni modorras, ni inhibiciones. España existe y da fe de vida por el modo generoso, noble, exaltado, desprendido, perdidoso que es raíz de su estirpe. A su manera de siempre da más que nadie cuando tiene que dar.

Gran sorpresa en las cancillerías europeas. Y grandes precauciones. España, ¿por qué España ahora? ¿Qué tiene que hacer aquí este viejo país aniquilado — ¿no habíamos quedado todos en que estaba aniquilado? —, cuya presencia física en el continente europeo servía como esa piedra compensadora que los labriegos ponen en el serón para que la carga desigual quede nivelada? En los últimos cien años, singularmente, el equilibrio europeo se ha sustentado sobre la base de la inexistencia de España. Era la piedra inerte compensadora. Gracias a ella había tranquilidad francesa en los Pirineos; tranquilidad inglesa en el Estrecho; tranquilidad mediterránea por las Baleares inservibles en nuestras manos; tranquilidad de las rutas atlánticas y africanas por las Canarias inermes. Para los tiburones europeos la catalepsia de España era un hallazgo inapreciable. Ponía distancia entre las fauces adversarias y ahorra rozamientos peligrosos. Y, de pronto, todo esto se ha venido abajo o, cuarteado ya, amenaza venirse abajo.

España viva, ágil, elástica, fuerte, despierta de mente y de mano, dueña de sus destinos, unida, compacta, firme rompe ¡ay! el equilibrio de Europa, deshace los cimientos plantados en el Congreso de Viena, impone cambios fundamentales en el paisaje político del Viejo Continente. ¡Horror, triple horror! Ante esta perspectiva pavorosa, las naciones que guardan las esencias de la civilidad europea, inventan el Comité de No-intervención que ha de servir — sin perjuicio de la aguda interpretación que le dió el Presidente de la República — no para que Europa no intervenga en España, sino para que España no intervenga en Europa, para devolver a los Pirineos su función aisladora, para que vuelvan a ser frontera africana y nuestra patria, atravesada de bandos y de cabillas, no acabe de lograrse nación que cuente y pese desbaratando cálculos egoístas.

Y éste es, a mi juicio, el secreto íntimo de tantas actitudes incomprensibles y desconcertantes.

Paulino MASIP

(Escrito expresamente para el «Servicio Español de Información».)

17 CAMPESINOS ITALIANOS CONDENADOS POR «ACTIVIDAD COMUNISTA»

Roma, 17. — Ante el Tribunal especial fascista comparecieron ayer 21 campesinos, a los cuales se acusaba de ser «enemigos de Italia por haberse afiliado secretamente al partido comunista».

Todos ellos eran vendimiadores de las cercanías de Genzano. El fiscal comenzó su informe con esta máxima de mal augurio: «El vino rojo no concuerda con la política roja.»

17 de los acusados fueron condenados a penas de uno a diez años de prisión. Cuatro fueron absueltos.

En lo que va de mes, los Tribunales especiales fascistas han tenido que juzgar gran número de casos semejantes. Se trata invariablemente de campesinos, obreros y estudiantes detenidos por la O. V. R. A., policía secreta italiana, y acusados de inteligencia con el Partido Comunista, el cual, según las autoridades, ha sido reconstituido clandestinamente en las diversas regiones de la península.

LA INQUIETUD DE LOS FASCISTAS

Se observa, desde hace algunos días, en los fascistas y en sus amigos del extranjero, una creciente inquietud por la prolongación extraordinaria de la calma que reina en los frentes de combate.

Es una calma que dura desde hace más de un mes. Y van ya diez o doce días que el comunicado del Cuartel General de Salamanca se limita a declarar: «Sin novedad en los frentes».

Los franquistas habían dicho y repetido, unas semanas atrás, que estaban a punto de emprender nuevas ofensivas y que muy pronto terminarían victoriosamente la guerra. Pero esto no saben explicarlo ahora ni los filofascistas comprenden esta pausa que dura ya cuatro semanas.

Sobre las causas de un paréntesis tan largo, se han emitido varias hipótesis, ninguna de las cuales es convincente. Los facciosos mismos, en una reciente información procedente de San Juan de Luz, tratan de dar tres explicaciones sucesivas, para tranquilizar a los inquietos. «Cómo se explicaría la lentitud de las hostilidades», es el título escéptico que pone a la aludida información «Le Temps», de París.

El mal tiempo, y sobre todo la niebla, paralizan desde hace algunos días toda actividad militar. He aquí la explicación primera, de carácter meteorológico. Todo el mundo se da cuenta de que esta explicación es insuficiente. Y viene la segunda:

«Por otra parte — dice la información —, se tiene la impresión de que hace varios días que se están reorganizando los mandos del Ejército nacionalista. Parece que todos los jefes que tomaron parte en la campaña del Norte tendrán un mando en las nuevas ofensivas que prepara el general Franco, y que serán ellos mismos los que ocuparán los puestos más importantes al frente de las tropas de choque.»

Tampoco es satisfactoria esta explicación, y viene la tercera, que dice así:

«Otro motivo que ha producido la paralización de toda actividad en los diversos frentes es la necesidad de dar algún descanso a las brigadas de Navarra, después de la campaña de Asturias.»

Esta última explicación no convence más que las anteriores. Ni cada explicación por sí sola, ni las tres juntas, muestran los verdaderos motivos de una inactividad que no se aviene con las continuas bravatas de los franquistas.

Creemos que el motivo principal de esta pausa no es el mal tiempo, ni la reorganización del mando, ni la necesidad de que los navarros descansan.

El caso es que Franco, militarmente, es mucho menos fuerte de lo que podrían hacer suponer las operaciones en las regiones cantábricas. Y tratándose ahora de atacar por unos frentes en los que los republicanos cuentan con más medios de combate que en el Norte, el cabecilla faccioso y sus aliados y ayudantes piensan y vuelven a pensar antes de lanzarse a ofensivas que les pueden ser fatales y que son susceptibles de dar un resultado totalmente contrario al que se proponen. La inquietud de los fascistas tiene, pues, plena justificación.

A. ROVIRA Y VIRGILI

(«La Humanitat». — Barcelona, 20-XI-37.)

En 4.ª página:

La política de Inglaterra y la paz.

Los "CAGOUULARDS"

Los patriotas franceses que firmaron el Tratado de Versalles, estaban en 1918 bien lejos de suponer que el monstruo militarista al cual pretendían inmovilizar para siempre bajo el peso de terribles sanciones de guerra, rompería las amarras a la siguiente generación y entraría en Francia sigilosamente, franqueada la puerta de las invasiones subrepticias por algunos de sus implacables perseguidores de antaño. Esto es: que en el mismo seno de la dulce y atribulada «Mariana» encontraría cómplices y colaboradores para intentar nuevamente, ahora a traición, abatir el poder y el orgullo nacionales de la patria de Poch y de Clemenceau.

Algo profundamente grande debe de haber ocurrido en el mundo para que se haya podido producir hecho tan insólito y desconcertante, en el cual la reacción militarista de Alemania, siempre temida, es lo que menos sorprende. Radica lo inaudito del caso en que la agresividad teutónica, que no ha sido nunca inteligente, haya encontrado en los delirios de Hitler, el más obtuso de sus representantes, pero también el más violento, adecuado vehículo para deslizarse hasta el corazón de Francia, tierra donde la inteligencia es considerada como patrimonio nacional, y esté allí encendiendo guerras intestinas para luego lanzarse al asalto de una fortaleza debilitada por la discordia interior.

Se concibe que los franceses, hombres de espíritu tan lúcido, tan ágil, tan fino, tan claro, se dejen embromar y dividir, con una política subterránea y burda, vieja como el mundo, por esos rubios del Norte, de entendimiento tardío y educación cuartelaria, que, poseyendo el poder militar más formidable de su tiempo, no supieron ganar la guerra, que todavía confunden con la razón suprema de su existencia como pueblo?

En Francia hay un clima político parecido al que existía en España cuando ya se incubaba la rebelión militar que ha desgarrado el país. «Francia se desmorona», dicen los envidiosos de su grandeza, los enemigos de su hegemonía espiritual, los no resignados a seguir soportando las normas luminosas de su tradición republicana y los eternos revanchistas del otro lado del Rin. Bandadas de espías, de agentes provocadores, de extranjeros intrigantes se han infiltrado en las capas superiores de la sociedad francesa, donde el patriotismo ofrece sus puntos vulnerables: a la corrupción, y ávida y solapadamente desmontan las defensas tradicionales de la gran democracia, que aun hoy alumbra, sosteniendo la antorcha con brazo vigoroso y enérgico, los destinos de los pueblos libres.

Lo inconcebible, en el caso particular de la vecina República, es que también ella se haya dejado coger en las redes sutiles y envenenadas de una vasta conspiración contra la paz, que en España ha vertido ya la sangre a torrentes, que está desplegando en el lejano Oriente el negro catálogo de sus horrores, que acumula combustible en la Europa central para una nueva conflagración y que hundirá al mundo irremisible-

mente, si no se detienen a tiempo sus maniobras siniestras, en la barbarie de los militarismos rivales, destinados a devorarse unos a otros.

¿Nada puede contra la peste mortífera de las doctrinas totalitarias, inseparables de la bayoneta y el cañón, la claridad razonadora del espíritu francés? ¿También los herederos del 93 son vulnerables al fascismo? Por el momento, la invasión subversiva, que prepara la guerra civil y un asalto ulterior de imperialismos hambrientos, se realiza en Francia como en otras latitudes del planeta, burdamente y con velocidades de huracán. El «affaire» de los «cagoulards» rememora las primeras hazañas de los nacionalistas españoles. Había empezado en Francia la campaña terrorista que ha precedido dondequiera al hundimiento de la legalidad, dejando el paso libre a las subversiones más turbulentas. Se está repartiendo ahora profusamente un folleto de Albert Bayet—«Attentats et Terreur, instruments de conquête politique»—que contiene la estadística de los atentados terroristas que en España, como antes en Italia y Alemania, prepararon el advenimiento de la revolución «anticomunista». Se enumeran igualmente en el folleto de Bayet los crímenes cometidos en la vecina República desde enero a octubre del año en curso, demostrándose así que en todas partes siguen la misma trayectoria y desembocan en idéntica situación. Francia parece vivir la víspera del estallido.

Se ha conseguido ya llevar las discrepancias políticas, polarizadas en el Frente Popular y la reacción, a un grado de tensión insuperable. Han estallado bombas y han caído acorralados muchos antifascistas. Se descubren depósitos subterráneos de fusiles y ametralladoras en cantidad sorprendente, así como otras máquinas de guerra y material sanitario, todo, por supuesto, de procedencia alemana. Los «cagoulards», ex militantes de las disueltas ligas paramilitares, tienen extensas ramificaciones entre familias y personalidades de extraordinario relieve social, como ocurría en España con Falange Española y Acción Popular. Puede producirse de la noche a la mañana un acontecimiento decisivo, que esperan con impaciencia todos los elementos internacionales confabulados contra la libertad, dondequiera subsiste.

Y Alemania, la Alemania revanchista nacida del Tratado de Versalles, dirige este movimiento subversivo que lleva en sus entrañas la Francia victoriosa de la Gran Guerra. El monstruo, rotas las cadenas que le sujetaban en un acto de audacia, encuentra insospechadas asistencias entre sus mismos vencedores de ayer para amenazar de nuevo la integridad del territorio francés y el imperio colonial de Francia.

Pero Hitler no vencerá. Cuando el patriotismo francés vuelva a gritar: «¡A las armas!», saldrán corriendo los «cagoulards» como ratas, perseguidos a escobazos por las porterías, mientras el pueblo, oponiendo al extranjero invasor un bosque de bayonetas, volverá a vivir las gestas del Marne y de Verdún.

(«La Vanguardia», Barcelona, 20-XI-37.)

El corresponsal de un diario suizo ha sido expulsado de Alemania, porque decía la verdad sobre la política religiosa de Hitler

Berlín, 19. — El Gobierno alemán ha decidido no renovar el permiso de estancia de Hermann Boechenlein, corresponsal del periódico «Basler Nachrichten». El 25 de noviembre termina el permiso. Boechenlein estaba amenazado desde hacía mucho tiempo de expulsión por Hans Kerl, ministro de Cultos, debido a sus correspondencias publicadas por el periodista suizo sobre la política religiosa en Alemania. Sin embargo, el Gobierno federal pidió ayer al ministro de Suiza en Berlín que hiciese una nueva gestión cerca de las autoridades alemanas a fin de obtener al menos una prórroga de algunos meses de permiso de estancia en Boechenlein. Para no perturbar las negociaciones, fué convenido que la noticia de la salida del periodista suizo no se divulgara, pero parece que la consigna no ha sido cumplida en todas partes. — Fabra.

La influencia alemana en el Brasil

El gobierno de Berlín se interesa extraordinariamente por la suerte de los países de la América latina. Chile y el Brasil, donde vive un gran número de emigrantes alemanes, conocen la solicitud especial del Tercer Reich.

Desde el punto de vista económico, la influencia germana es preponderante en el Brasil.

Al sur del país afluyen muchos emigrantes europeos.

No es el terreno lo que falta en el Brasil. Con una extensión de 8.511.187 kilómetros cuadrados, este país sólo está poblado por 44.000.000 de habitantes. Sus riquezas naturales, su suelo fértil, propio para el

cultivo del café, del algodón, del cacao, del azúcar, de los cereales, etc., están aún por explotar.

Alemania ha visto en ello una ocasión única para desarrollar sus relaciones económicas con el Brasil.

En efecto, el Reich sólo paga las importaciones en marcos llamados de compensación, con los cuales el Brasil está obligado a comprar productos alemanes. De esta manera el Reich ha pasado, del tercer lugar en 1931 al primero en 1936, de los proveedores del Brasil.

Así pudo comprar en 1935 la mitad de la cosecha de algodón de São Paulo.

(«Marianne», 18-XI-37.)

Nueva hazaña de los locos furiosos de "Hitleria"

Berlín, 7. — Una ley del Imperio, aparecida hoy en el «Boletín de las Leyes», prohíbe heredar o recibir donaciones de alemanes a las personas que fueron privadas de la nacionalidad germana desde la llegada al Poder del Gobierno nacional.

La prohibición se aplica asimismo a los cónyuges y a los hijos de las personas que perdieron la nacionalidad.

Se prevén penas, que llegan hasta a dos años de prisión, para los alemanes que contravengan la ley haciendo un donativo a las personas mencionadas. Por otra parte, la ley autoriza a los alemanes a desheredar completamente a sus descendientes cuando éstos hayan contravenido las leyes del Imperio que prohíbe el matrimonio con judíos.

(«Le Peuple», 9-XI-37.)

Diez años de fascismo totalitario en Italia

Del libro del mismo título, original de Silvio Trentin

(Continuación)

Por lo demás, según un decreto del mes de octubre de 1929, el procedimiento de revisión no puede considerarse de hecho más que como un procedimiento, en cierto modo gracioso, ya que su tramitación está subordinada, de una manera categórica, al antojo del primer ministro.

En cuanto a las garantías que ofrece, en el caso de que pueda ser puesto en marcha, basta recordar que la magistratura competente que ha de conocer del recurso de revisión está constituida por el presidente del Tribunal especial y por dos consules de la milicia designados por el jefe del gobierno, lo que significa que son, en último análisis, los mismos jueces que dictaron el primer fallo los llamados a decidir si el recurso, cuyo objeto es obtener la reforma o la enmienda de su propia labor, es admisible.

Hay que reconocer, sin embargo, que, aun si las formas tradicionales fueran observadas, el resultado no variaría mucho. Desgraciadamente, la magistratura ordinaria, desde que el fascismo tuvo el cuidado, por medio de medidas enérgicas, de levantar su espíritu, no

ofrece más garantías que las jurisdicciones encargadas de administrar la justicia sumaria del partido.

El 3 de enero de 1931, el Tribunal especial aplicó 12 años de reclusión al llamado Arduino Ceramelli, reconocido culpable de un delito del cual fué absuelto durante la instrucción del proceso («Corriere della Sera» del 17 de mayo de 1931). Habiendo presentado Ceramelli un recurso ante el Tribunal de casación contra ese fallo manifestamente revelador de abuso de poder, el Tribunal, con su sentencia del 8 de junio de 1931, se apresuró a declarar mal fundada la demanda, indicando con ello que el Tribunal creado para defensa del Estado no admite ninguna investigación y que su voluntad, cualesquiera que sean los efectos que pretenda alcanzar, es tabú.

Lo mismo que la magistratura ordinaria, el soberano está desprovisto en esta materia de todo poder efectivo de intervención cuyo ejercicio sea susceptible de mitigar de la forma que fuere la dureza de la justicia excepcional del régimen. En efecto, según los términos del artículo 7 de la ley del 25 de noviembre de 1926, las reglas del procedimiento ordinario son substituidas—ya lo he hecho notar—por las normas del procedimiento penal militar en tiempo de guerra, con la advertencia de que las facultades pertenecientes, según esas mismas normas, al comandante en jefe son conferidas al ministro de la Guerra.

Entre las consecuencias de esta substitución, hay la de hacer al ministro de la Guerra juez absoluto de la oportunidad de dar curso a las demandas eventuales de gracia presentadas por los condenados. Así lo estipula el artículo 556 del Código penal militar, que está así concebido:

«La sentencia, una vez dictada, debe comunicarse, por copia auténtica, al comandante que dió la orden de proceder, el cual, si la juzga susceptible de ser objeto de la gracia soberana, la transmitirá al general en jefe para que tome las decisiones que crea pertinentes, y si no la considera susceptible de ser modificada por la gracia real, dará las órdenes necesarias para la ejecución».

El «trato» preventivo de los inculcados de antifascismo

El ciudadano acusado de haber cometido uno de los delitos que la ley considera como dirigidos contra la seguridad del Estado, queda detenido inmediatamente. Bajo ningún concepto se le puede conceder libertad provisional.

Esta detención preventiva puede durar indefinidamente, mientras le plazca al juez de instrucción prolongar sus investigaciones. La calidad presunta de delincuente político, muy lejos de asegurar al acusado un trato menos riguroso que el que está reservado a los delincuentes comunes, lo entrega a la sevicia de sus carceleros.

Sería necesario un libro entero para dar idea de la vida que se da en los calabozos fascistas a los presos a quienes se acostumbra a sufrir la prueba de la audiencia ante el Tribunal especial. No se les regatea los insultos ni los golpes. No se les deja un minuto de reposo.

En cada prisión, cuenta F. F. Nitti en «Nuestras prisiones y nuestra evasión», funciona regularmente el «San Antonio». Este nombre solo basta para que tiene

(Continuación)

EL CLERO

La conducta del clero en la zona nacionalista no debe ser enjuiciada pura y simplemente por su actuación en pleno movimiento militar; un examen imparcial de tal actuación obliga a estudiar como antecedente preciso su conducta anterior al alzamiento en aquella zona o región, y su relación con los sucesos de la zona republicana.

Quede sentado como premisa ineludible que el clero en España, lo mismo en sus clases elevadas (jerarquía canónica) como en su gran masa (estado llano parroquial) no ha visto nunca con simpatía la República y ha sido, desde luego, abiertamente hostil a la República del Frente Popular.

Seamos justos; la República popular, tampoco veía con simpatía a la clase clerical; llevemos este sentido de justicia a su extremo: la República popular, que en el fondo no sentía inclinación alguna al elemento clerical, no exteriorizó jamás este sentir, ni hostilizó en modo alguno a los representantes del culto católico. En Burgos, durante los meses de febrero a julio de 1936, bajo el dominio político fuertemente ejercido del Frente Popular, los cultos y actos externos religiosos, aún los más exhibicionistas y llamativos, continuaron su ritmo normal.

La República, que había mostrado su deseo de concordia con la Iglesia, acudió por medio de su alta Magistratura a la inauguración oficial de la Iluminación Monumental de la Catedral burgalesa; en pleno gobierno del Frente Popular, la Semana Santa, festividad exclusivamente religiosa, fué respetada en los actos oficiales y tolerada su celebración, aún en los organismos directamente dependientes del Estado laico.

Nadie podrá exhibir un caso, un ligero o minúsculo caso, detalle o punto concreto demostrativo de que la República haya realizado en esta región acto alguno agresivo o de menosprecio a la Religión, a sus sacerdotes o a los creyentes.

A pesar de ello, el Clero, los elementos clericales, y hasta algunos fieles de la Iglesia Católica Romana, perdonaban a la República tres puntos básicos de su programa: la independencia de la Iglesia con relación al Estado, la libertad externa de cultos y sobre todo la creciente progresión de la enseñanza no confesional.

Estos tres puntos, adoptados ya como esenciales en todos los países modernos, aun en los de orientación fascista, no encajaban, sin embargo, en la oscura e intransigente mentalidad de esta región.

Otro de los elementos que el análisis ha de tener en cuenta al enjuiciar la conducta del clero en esta zona, es la repercusión en ella, y principalmente en esta clase, de los sucesos de la zona republicana.

No he vivido la guerra en la zona roja, y por tanto no puedo examinar tal elemento subjetivamente por vía de la experiencia, sino a través de los datos recogidos y de la impresión de la zona nacionalista.

Indudablemente, en la zona llamada roja, en los primeros momentos de la rebelión militar, se desató una corriente de persecución religiosa.

El pueblo, sencillo e indefenso, atacado en sus entrañas, acusando el dolor de la injusta revuelta, con la que el elemento armado correspondió a su actitud noble en la hora del triunfo electoral, vió en el clero, amparador y guía decidido de la rebelde actitud guerrera, un enemigo más, y reaccionó fuertemente contra su directa ingerencia en la lucha.

Sucesos, siempre lamentables, acaecieron en los primeros momentos; ciertamente no pueden ser imputados exclusivamente a la República estos desmanes, sino a los órganos que debieron ser su apoyo y base, y que con su actitud rebelde, favorecieron la indisciplina y desbordamiento de las masas; pero esta consideración de orden moral, no puede encubrir ni hacer desaparecer el hecho real: en la zona republicana, no por acción de Gobierno, sino por falta de brazo armado coactivo, el clero fué perseguido en los primeros momentos de la contienda.

Tal es la verdad cruda y escueta.

Esta persecución en la zona republicana, exaltada y agrandada desorbitadamente por los interesados en buscar efecto político, creó en el clero nacionalista, por solidaridad y sentimiento de venganza, un estado de nerviosismo, de furor patológico y de rencorosa excitación, cuyo alcance nadie puede valorar exactamente.

Transmitido este estado vesánico, con la autoridad e influencia del clero a aquella gente generalmente inculta y de pasiones fuertes, ha dado como resultado, en respuesta vengativa a aquellas primeras persecuciones de la zona roja, una triste y continuada historia de represalias.

El clericalismo, soberbio y dominante de aquella región, ha visto bambolearse y negado su prestigio y poderío en una parte del país; sabe que muchos de sus miembros perecieron en la lucha, y reaccionando altivamente, aprovechando su ascendiente sobre las conciencias y sobre la voluntad mediatizada de los creyentes, ha cometido el crimen imperdonable de elevar a guerra santa una lucha fratricida, cuyo fracaso inicial aprovecharon las potencias fascistas, que quieren asegurarse sobre las ruinas de España, puntos favorables de estrategia.

Yo, que sinceramente he reconocido la premisa de la persecución, puedo elevar mi queja indignada sobre las consecuencias. A ninguna clase le es permitido cons-

tituirse en vengadora, pero el clero no puede, si quiere seguir conservando su virtualidad y derecho a la existencia, olvidar su fin y su evangélico ideario, para irrumpir brutalmente en las contiendas humanas.

Y él, en la lucha desatada, no ha olvidado nada en represalia vindicativa. Desde el púlpito, diariamente, el sacerdote que debía ejercer misión de paz y de caridad, remanso en la contienda, lejos de ello, insulta, excita y halaga las torpes y humanas pasiones de odio y venganza.

En los oídos fanáticos del pueblo en armas, resuenan con acento de clarín las incitaciones bélicas de su Pastor y Guía:

«No podemos, no debemos, ni conviviremos jamás con el socialista impío, ni con el liberal, que ha manchado sus manos con tanta sangre y tanto crimen... ¡Guerra a sangre y fuego! Que no haya tregua ni cuartel hasta que la victoria de la Religión y del Orden no se realice plenamente. La sangre de tantos hermanos nuestros, sacrificados, martirizados bárbaramente, nos lo exige y demanda...»

En la Catedral solemne de Burgos, esmaltada de boinas rojas y fusiles centelleantes, ante miles de almas enardecidas, la voz que podía derramar la caridad y el perdón, que debía ser freno y olvido, hirió mi corazón con esta arenga excitante, avivando en las conciencias fanatizadas la llama destructora.

En la Iglesia de la Merced, un domingo en plena misa, después de un acto religioso, ante las autoridades y clases patronales, la voz del predicador interrumpía la liturgia del Santo Sacrificio:

«¡Vosotros! Vosotros los que os llamabais cristianos, tenéis la culpa de muchas cosas. Habéis convivido, tolerado, dado trabajo al obrero sindicado en Sociedades enemigas de la Religión y de la Patria; habéis desoído nuestras advertencias y tratado con judíos y masones, con ateos y renegados, contribuyendo a dar pujanza a las logias que nos habían de hundir en el caos. ¡Aprovechad esta trágica lección! Debéis ser, debemos todos ser para ellos, como el agua y el fuego... Ni un punto de contacto... ni perdón para los criminales destructores de iglesias, asesinos de prelados y sacerdotes virtuosos... Que no quede entre nosotros ni aun la semilla, la mala semilla, que es siembra del diablo. ¡Los hijos del demonio, son también enemigos de Dios!...»

En algunos elementos torturados por el amargor de la guerra, el relato continuado de tanto atropello e iniquidad, la voz autoritaria del representante de Cristo, introducía el veneno, haciendo imposible la reconciliación humana...

Uno de los tópicos creados por el afán vengativo clerical, fué el de la masonería.

Se la presentó como enemiga de Dios y de España, y se excitó constantemente, por la cátedra religiosa y por la prensa, al exterminio de todos sus afiliados.

En aquel pueblo, poco versado en estas cuestiones, la palabra «masonería», pronunciada misteriosamente, envuelve extrañas ideas de poderes ocultos y abracabrantes con prácticas tenebrosas.

El Padre Tusquets dió varias conferencias en la zona nacionalista; resaltaba en ellas los horrores y crímenes cometidos por los «masones»; mostraba su influencia en la España roja, y rugía ferozmente pidiendo la eliminación y exterminio de todos los masones. Sus resultados se hicieron pronto patentes.

Primeramente en Burgos, Pamplona y Sevilla, y posteriormente en Zaragoza y Galicia, las listas de la masonería no tardaron en aparecer.

He querido indagar frecuentemente la certeza de estas listas, el modo de su hallazgo o aparición, y no lo he conseguido. Unicamente en Burgos, conozco el proceso de su descubrimiento.

Habiendo sido encarcelado uno de los que se consideraba como mason, fué a visitarle a la celda el tristemente célebre Padre Leturio, jesuita, alma y motor de la represión en su aspecto clerical. Su especialidad consistía en obtener conversiones al catolicismo, de los condenados a la última pena, y en oír sus últimas confesiones, preñadas de terrores y angustias, y envueltas en acusaciones de complicidad siempre aprovechables.

El Padre Leturio, inteligente, habilísimo, obtuvo la promesa de que la vida del encarcelado sería respetada si facilitaba la lista completa de los masones de Burgos. Aquello interesaba al gobernador, mucho más que la lista de los comunistas o anarquistas.

El detenido formó, efectivamente, una lista. A esta relación, que nació exigua e incompleta, el sabio y justo Padre Leturio añadió los nombres que estimó convenientes y ya completada, fué presentada al gobernador, como la lista oficial de la Masonería.

El gobernador, un hombre cruel y atrabiliario, con una historia clerical destacada, y un furor enfermizo contra todo lo que fuera liberalismo controlaba la represión ejercida por la justicia «oculta o subterránea».

El aprobaba o desaprobaba las listas fatídicas, que

las diversas organizaciones reaccionarias sometían a su decisión inapelable y fatal. Frecuentemente, en un gesto de piedad, reducía aquellas listas, o eliminaba alguno de los apuntados.

Al recibir la lista de los masones la aprobó seguidamente. Creía que el Padre Leturio se la llevaba con tal fin, pero éste (con la habilidad característica de su orden) le hizo ver, que no todos los de aquella lista merecían la misma suerte fatal: había hombres de derecha, buenos y estimados en la ciudad, muchos de familias conocidamente católicas, y que a su juicio debía formarse dos grupos, uno con los que por su actuación anticatólica y criminal merecían la eliminación, y otro, los que sin ser acreedores a tal sanción, debían solamente ser destituidos de sus cargos o empleos, y condenados *tan solo* a la indigencia.

Así se verificó; se constituyeron las dos listas, y la habilidad del Padre Leturio supo (a. m. d. g.) salvar de la muerte a muchos desventurados. El Boletín Oficial se llenó de destituciones, suspensiones y traslados, que la gente recibía extrañadísima, pero el fin había triunfado. La Iglesia venció a la Masonería, y los jesuitas dispusieron en la ciudad de una red más tupida y firme de influencia creada por el miedo.

El clericalismo, vencedor de la Masonería, actuaba no solapada, sino abiertamente en el régimen nacionalista.

Absortos, preocupados en la difícil misión guerrera, los verdaderos dueños de España (los mandos extranjeros que tutelan a Franco), en la zona interna, dominada por el terror, impera el clericalismo, en virtud de una fórmula sencilla: el Ejército domina al pueblo y el clero domina al Ejército en sus altos mandos.

«Con la ayuda de Dios y de su representante Franco, ganaremos la guerra»; tal es el lema que campea en la zona nacionalista.

La Iglesia asiste, presidiendo, a todas las manifestaciones bélicas; organiza constantes *Te Deums*, y rogativas, no por la paz, sino por el triunfo y por el exterminio del contrario.

La Iglesia, que pudo ser la única y verdadera mediadora en este conflicto entre el Ejército y el pueblo, es solamente la inspiradora sibila de aquél, y llevada de un instinto sanguinario y atávico de defensa, se ha colocado hostilmente frente al pueblo.

Ella (no la Iglesia de Cristo, sino la curialesca organizada en España, con su Papa Negro, el Cardenal Segura), es la que asiste y reconforta a los reos, «víctimas» de la represión.

Ella, infiltrada en los mandos y organizaciones, sojuzgadora de la mujer, su gran palanca social, ha confeccionado esas trágicas listas de «ateos, liberales y masones», que han muerto sacrificados por sus ideas.

Ella ha levantado en Bilbao y Cádiz esos grotescos autos de fe, empujando a una muchedumbre inculta a la destrucción vesánica del pensamiento y de la cultura; y ha organizado e inspirado esas Cruzadas de hipócrita lujuria, sobre la «moral y decencia en el vestir» que en titulares vergonzosos de la Prensa incitan a la ofensa y a la acción directa a la masa contra las «mujeres de vestir poco recatado», llegando a injuriar a las mujeres que van «sin medias», como expresa el bando del Gobernador de Burgos, publicado en 19 de julio último, y que puede leerse en la prensa local de esa fecha.

Y, finalmente, ella, en horrendo sarcasmo de evangelización, ha organizado en las cárceles y penales de su zona esas misas y comuniones, colectivas y obligatorias, para los millares de reclusos que la pasión y el fanatismo han encerrado entre sus muros.

Tuve que asistir en Burgos a una de estas ceremonias, en el Penal, y no la olvidaré mientras viva. En presencia del obispo, de todo el clero influyente y de las autoridades, dos mil seiscientos presos, en formación, encuadrados por los fusiles vigilantes, oyeron la misa y recibieron, todos, ¡todos! la Sagrada Comunión... ¡Se llegó hasta el extremo de enseñar a los presos unos motetes... que entonaban medrosa y lúgubremente!...

Aquel canto fúnebre no se borra de mi conciencia. Dos mil seiscientos hombres curtidos, rapados ignominiosamente, vestidos pobremente en su mayoría, muchos de ellos con su trágico final ya decretado, recibieron todos, ¡todos! (las autoridades lo decían con orgullo) la comunión...

Las elegantes señoras invitadas, las autoridades, todos, en fervor fanático elogiaban este acto de acendrado arrepentimiento y religiosidad.

Yo, que por mi cargo asistía angustiado, horrorizado, a aquella comunión coactiva, entre los muros que el terror domina, pensaba, que esta imposición religiosa al vencido, al que sufre prisión, precisamente por su idea, es el sacrilegio más espantoso, la ofensa más satánica que puede hacer el falso catolicismo a Aquel que levantó su Cruz, como lábaro santo, contra la violencia y el crimen...

(Del libro «Doy fe...», original de Antonio Ruiz Vilaplana.)

Emilio Vandervelde, escribe interesantes comentarios a la obra "Diez años de fascismo totalitario en Italia"

"Mussolini, anuncia insolentemente a las democracias que dentro de diez años toda Europa será fascista"

Recogemos de «La Noche», de Barcelona, el extracto que ha hecho del interesante artículo publicado por Emilio Vandervelde, líder del socialismo belga, sobre el libro de Silvio Trentin, «Diez años de fascismo totalitario», que venimos reproduciendo íntegramente en este Boletín. He aquí el extracto de referencia:

bernado por uno de sus semejantes erigido en Mesías o en Dios Padre». «Nosotros queremos que gobierne la voluntad universal y no la voluntad de un grupo o de un hombre cualquiera que sea».

Todo esto, era en 1919. El aspirante a dictador se proclama aún democrata y «socialista nacional». ¿Pero qué sucede al día siguiente de la marcha sobre Roma? Todavía se sostiene, feble, una apariencia de libertad. Y de pronto...

Los comentarios de Vandervelde son, a este punto, dignos de ser transcritos.

«Pero he aquí julio de 1924. Los hombres del poder del régimen han asesinado a Matteotti, y mientras que en las masas populares se produce un movimiento de indignación y de rebelión, que es preciso, cueste lo que cueste, reprimir, los legistas al servicio de Mussolini se ponen a trabajar.

Transforman la dictadura larvada en dictadura legal. Sustituyen el Parlamento por el Gran Consejo Fascista. Fabrican en dos años estas «leyes fascistas» que, en un análisis penetrante, nos describe Trentin como el Código, ingenioso, además de la tiranía. Crean el «Ovra», pareja policiaca siniestra de la «Ochra» tsarista y de la «Gestapo» hitleriana. Dan como clave de bóveda del edificio, el Tribunal especial, Audiencia marcial en tiempo de paz, que solamente juzga las infracciones de carácter político, habiendo distribuido en cinco años y ocho meses de actuación — Trentin nos da el cuadro estadístico — 150 siglos de encarcelamiento!

Y, después de esto, el triunfo.

El Duce, de aquí en adelante, es solo dueño de la hora, en un país donde la libertad no existe. Al contrario, precisamente, de lo que pretendía no desear en 1919, se convierte, al mismo tiempo, en Mesías, en Tzar y en Dios Padre. Se alaba de tener, sobre montones de cadáveres y ruinas, un Imperio que si-

que por otra parte costándole al desgraciado pueblo italiano más de seiscientos millones «al mes». Hace la guerra o manda material de guerra a España. Alienta a los nipones contra China, por la única razón de que son una de las tres cabezas del fascismo internacional. Anuncia insolentemente a las «viejas democracias reaccionarias» que dentro de diez años toda Europa será fascista. Y, a pesar de que una tal profecía pueda parecer ridícula, ese sería, quiero decir, eso sería, si las democracias tardan mucho tiempo en reaccionar y si, en otros países, los pueblos se dejan llevar por las conductas democráticas y socializantes, que por todas partes la demagogia fascista aplica en sus primeros pasos. El gran mérito del libro de Tren-

tin es el de hacer reflexionar sobre estas cosas. Pueda él inspirar reflexiones saludables a los demócratas que estuviesen dispuestos a sobrevaluar el peligro fascista y, también, a los ingenuos conservadores que creerían entonces poder, en provecho propio, servirse del fascismo, sin que el fascismo, que tiene fines suyos, sirva de ellos. Lo que les cuesta caro. Los capitalistas italianos lo saben mejor que nadie.

No hay de hecho demostración más evidente que si queremos vencer el fascismo, esta peste mortal, no debemos dejarle crecer.

Con esta frase termina Vandervelde esos comentarios que revisten indudable interés, por su realidad de acierto y por el relevante prestigio del hombre que los ha expresado.

¡EL PUEBLO DE ESPAÑA VENCERÁ!

Del artículo de Giuseppe di Vittorio «¡El pueblo de España vencerá!», publicado en «La voce degli italiani», del día 16 de noviembre, traducimos lo que sigue:

«Llamamos la atención de nuestros lectores sobre el comunicado hecho público el sábado último por el Comité de unidad de acción de los partidos socialista y comunista de Italia. Ambos partidos, de común acuerdo, declaran que el cometido fundamental que corresponde en estos momentos al proletariado y al pueblo italiano consiste en desarrollar la acción de solidaridad en favor de la República española y sostener por todos los medios la gloriosa brigada Garibaldi.

Esta decisión es muy oportuna en estos momentos en que la prensa fascista italiana está realizando una campaña encaminada a crear entre las masas populares la desconfianza en los destinos de la República española.

Explotando hasta el máximo la conquista fascista de Asturias, la prensa de Mussolini persigue con su campaña un doble objetivo: realzar

el prestigio militar de la dictadura fascista, bastante mermado en Guadalajara, y extender el pesimismo derrotista entre la masa popular italiana, a fin de aniquilar o, al menos, debilitar su acción de solidaridad.

Debemos hacer notar, además, que la campaña de la prensa fascista no tendría ningún efecto, especialmente entre los emigrados, si no encontrase auxiliares en los agentes trotskistas y maximalistas y en elementos de alguna secta anarquizante, los cuales propagan el derrotismo en nombre de una «revolucionarismo verbalista» y falso.

El derrotismo es, en las filas enemigas, un arma de guerra esgrimida con objeto de sembrar la desmoralización y provocar la derrota. Los honrados trabajadores antifascistas y todos los amigos de la paz y de la libertad deben vigilar a los que se ocupan en difundir los gérmenes del derrotismo entre las masas para ver si bajo la máscara de «super-revolucionario» que lleva... no se esconde el agente provocador.

Un gobierno verdaderamente del pueblo, como lo es el Gobierno del

Frente Popular español, no tiene nada que ocultar al pueblo, ni tiene ni puede tener interés alguno en engañar al pueblo.

Las organizaciones de todas clases y de todos los países que apoyan al pueblo español saben que en España está hoy el frente principal en el cual se defienden los ideales de paz y libertad de todos los pueblos.

¿Qué interés podría haber en ocultar la verdad a las masas populares? Y la verdad es que la situación militar y política de la España republicana, examinada fríamente a la luz de los hechos, no sólo no autoriza pesimismo alguno, sino que refuerza en nosotros la fe más absoluta en la victoria del pueblo.

La conquista fascista de Asturias fué determinada por dos causas fundamentales:

Primera: La falta de comunicaciones, que hacía difícil, si no imposible, el envío de los refuerzos indispensables.

Segunda: El hecho de que la fuerza armada asturiana no se había transformado todavía en un verdadero ejército unido como lo es el resto de la España leal.

La situación militar y política en todas las demás regiones españolas es excelente. La gran masa del pueblo está unida al Gobierno del Frente Popular.

El nuevo Ejército del pueblo, después de dieciséis meses de resistencia victoriosa, se ha convertido en un gran ejército, disciplinado, bien armado, que obedece a un mando único, y está inflamado por la convicción de que lucha por los ideales más fuertes y vibrantes de toda la humanidad progresista.

Si se considera que el pueblo español partió de la desorganización más completa para tener en segunda formación medio civiles medio militares, con carácter de partido y no de Ejército, casi sin armas y sin aviación, y se mira la situación actual, se comprenderá fácilmente que el tiempo trabaja por la República española.

Hoy, el Ejército leal consta de más de 500.000 hombres y está bien armado. A más, se están constituyendo grandes reservas. La situación es, por tanto, completamente favorable a la República. Pero es preciso que la solidaridad de las masas populares de todos los países no se debilite, sino que se refuerce. Combatamos, pues, al derrotismo que se trata de sembrar entre las masas italianas, y trabajemos unidos, con esfuerzo colectivo y apasionado, para ayudar al pueblo español y sostener la brigada Garibaldi, bandera y gloria del pueblo italiano.

GIUSEPPE DI VITTORIO

(«La voce degli italiani», 16-XI-37)

LA POLITICA DE INGLATERRA Y LA PAZ

Nadie puede poner en duda el valor de la «entente» franco-británica como elemento de la paz internacional. La seguridad de Francia es un factor esencial de la seguridad británica, y ha sido una suerte que la diplomacia inglesa haya decidido salvaguardar eventualmente la primera para garantizar mejor la segunda.

Pero, para ser un instrumento eficaz de paz internacional, la «entente» franco-británica tiene que pronunciarse con respecto a problemas concretos. Debe manifestarse en aquellos sectores en los cuales la paz está más especialmente amenazada.

Y precisamente en estos casos es en los que sus manifestaciones son menos visibles.

¿Cómo se expresa la solidaridad franco-británica en el problema español, fuera de los casos en que Francia sigue ciegamente al Foreign Office? Hace ocho días, sin preocuparse de la aprobación francesa, Inglaterra envió representantes suyos a Salamanca. Estos días, sin tener en cuenta tampoco la opinión del Gobierno francés, los Ministros británicos examinan con el rey Leopoldo y el Ministro Spaak una combinación extravagante y monstruosa de restauración de la Monarquía en España.

¿Se manifiesta más felizmente con respecto a Italia la «entente» franco-inglesa? El señor Chamberlain no ha necesitado el asentimiento del señor Delbos para mantener su correspondencia con Mussolini, invitar al conde Volpi a que vaya a Londres, y encargar a su embajador Lord Perth que active las negociaciones con el ministro Ciano.

¿Y con respecto a Alemania? Durante un año, para no disgustar a Inglaterra, ha dejado de renovar o de reforzar los pactos de ayuda que la ligan a sus amigos del Este y del Sudeste. Tanto es así, que el próximo viaje del señor Delbos se presenta en condiciones muy mediocres.

Inglaterra, sin embargo, limitándose a informar al Gobierno francés, acaba de enviar a Lord Halifax a Berlín. Los resultados de esta gestión no pueden ser más desastrosos. He aquí por qué:

Hace algunos días, el «Evening Standard» promovió un escándalo

al anunciar que el canciller alemán sometería a su interlocutor una transacción, según la cual, a cambio de la renuncia a sus ambiciones coloniales, Alemania recobraría su libertad de acción con respecto a Checoslovaquia y a Austria.

En Londres y en Berlín se ha protestado contra la información del periódico londinense; pero muchos ingleses la encuentran absolutamente verosímil, y el «Manchester Guardian» escribe que esta forma de arreglo «ha encontrado bastante apoyo en ciertas personas interesadas e influyentes de Inglaterra».

Asimismo, el proyecto de reorganización de la Sociedad de Naciones, del cual es portador Lord Halifax, hace grandes concesiones a los nazis. Prepara la supresión del artículo 16 del Pacto, que prevé la acción solidaria de la Sociedad de Naciones contra el agresor. Precisamente este artículo 16 es el que Francia ha pedido que se refuerce.

No sería extraño que el canciller desarrollase su programa máximo ante Lord Halifax y que le revelase intenciones agresivas contra Checoslovaquia y Austria. Y no se piense que esta revelación provocaría una reacción vigorosa en Londres. La apatía británica fomentaría los designios de trastorno europeo.

Pero es posible también que los amos de Alemania permanezcan en una actitud vaga, no precisen sus proyectos y sean pródigos en buenas palabras. De este modo se abrirán seguramente las posibilidades de la transacción.

He ahí por qué el viaje de Lord Halifax produce inquietud a los verdaderos amigos de la paz. No sirve de nada poner a mal tiempo buena cara. El Sr. Delbos no tiene por qué disimular el recelo de Francia ante estos hechos. Debe aprovechar el próximo debate parlamentario para pronunciar palabras claras.

Haciéndolo así, ayudaría en Inglaterra a los defensores de la seguridad colectiva y a los amigos de Francia.

También incitaría a los demás a moderar su celo pro-hitleriano.

Gabriel PERI

(«L'Humanité», 18-XI-1937.)